

La “guerra sin fin”, un error

*Francisco Javier Ibisate S. J.**

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

El Salvador

Resumen

En este artículo, el autor hace un análisis de la coyuntura política mundial. Hace énfasis en la “guerra sin fin”, cuyo mensaje se traduce como una guerra perdida de antemano. En este entorno, explica, los discursos de G. W. Bush y V. Putin anuncian un programa de guerra sin fin. En tal sentido, reducir todos los problemas del mundo a la categoría de “terrorismo mundial” es un gran simplismo, por cuanto “es más fácil lanzar un eslogan que formular una política” que ofrezca una respuesta a estos problemas, incluido el terrorismo. Así, frente a estos terrorismos, el autor también se pregunta: ¿qué derecho pueden ejercer la Corte Penal Internacional, el Tribunal Internacional de Justicia, la misma Asamblea General de Naciones Unidas, si el Consejo de Seguridad está controlado por quienes se niegan a ratificar los estatutos de esas instituciones, creadas para aplicar las normas del derecho y de la moralidad? ¿Quién es el eje del mal?

1. Un fantasma recorre el mundo...

El título del presente artículo está tomado de dos editoriales de *Le Monde*. La “guerra sin fin” es un error porque es una guerra perdida de ante-

mano: este es el mensaje. En vísperas de conmemorar el tercer aniversario de los ataques terroristas del 11 de septiembre (11-S), en Nueva York, un grupo de terroristas chechenos tomó como rehenes a un millar de niños, familiares y profesos-

* Catedrático del Departamento de Economía de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA).

res, en la escuela de Beslan, Osetia del Norte, Rusia, y masacró a unas quinientas víctimas inocentes. La masacre del 3 de septiembre (3-S) es un cruel golpe para los rusos como el 11-S lo fue para los estadounidenses. "Cruel es una palabra débil; la lectura del testimonio de la subdirectora de la escuela de Beslan no deja duda alguna sobre la barbarie de quienes en su asesina locura deciden esta toma de rehenes, cuyas consecuencias se vieron agravadas por la incuria y la brutalidad de los agentes rusos".

Ninguna causa puede justificar jamás tales actos. A ello se agrega el atentado en Yakarta, Indonesia, y la reciente declaración de guerra de Al Qaeda, lanzada por *Al-Jazira*. "El terrorismo internacional existe, es algo muy real. Golpea aquí y allí de manera ignominiosa. Emplea medios que dejan sin legitimidad la causa invocada. Es verdad que el islamismo radical inspira a diversos grupos terroristas, usen o no la consigna genérica de Al Qaeda. Es necesario acorralar solidariamente esas redes, desmantelar su estructura y perseguir a sus inspiradores. Es algo necesario; una misión de la policía en verdadera cooperación internacional, sobre todo euro-norteamericana". ("El error", *Le Monde*, 10 de septiembre de 2004). Al cerrar el mes de septiembre somos testigos de nuevos crueles asesinatos. Esta clase de barbarie sólo sirve para exacerbar la espiral antiterrorista, en un triste proceso de creciente terrorismo.

En este entorno, los discursos de G. W. Bush y V. Putin anuncian un programa de guerra sin fin. "Todo sucede como si, en realidad, tanto el uno como el otro, se concentrasen en limitar la gestión de la situación internacional en una sola consigna: la lucha contra el terrorismo internacional. Del Cáucaso al Próximo Oriente, de Asia central u oriental a Manhattan, pasando por los extrarradios de las ciudades europeas, un solo enemigo, una sola potencia maléfica: el terrorismo internacional. Vista así la situación, ¿quién no suscribiría la idea de que es necesario enfrentarlo con una guerra total?". El corresponsal de *Le Monde* hace referencia al comentario del entonces Ministro de Asuntos Exteriores francés, Hubert Vedrine, presente en Davos, en enero de 2002: "Estamos amenazados hoy día por el nuevo simplismo de reducir todos los problemas del mundo a la simple lucha contra el terrorismo. Esto no es serio y no se puede aceptar esta idea. Si no estamos de acuerdo con la política norteamericana debemos decirlo. Podemos y debemos decirlo" (*ECA*, 2002, p. 66). Reducir todos los problemas del mundo a la categoría de "terrorismo mundial"

es un gran simplismo, por cuanto "es más fácil lanzar un eslogan que formular una política", que ofrezca una respuesta a estos problemas, incluido el terrorismo.

En la asamblea general de Naciones Unidas, el 10 noviembre de 2001, "Bush urge a la ONU a sumarse a la batalla contra el terrorismo. Toda una generación tiene hoy el deber de acabar para siempre con una amenaza planetaria. Quien no se sume a esta lucha pagará las consecuencias. Ha llegado el momento de la acción" (*El País*, 11 de noviembre de 2001). El Secretario General, Kofi Annan, sin embargo, corrigió la unilateralidad de Bush: "Estamos tentados de concentrar todas nuestras energías en la lucha contra el terrorismo; pero esto sería conceder la victoria a los terroristas porque los problemas a que nos habíamos enfrentado el 10 de septiembre (cumbre del Milenio 2000) no han cambiado, sino que se hacen más urgentes. Para evitar un enfrentamiento, mutuamente dañino, entre civilizaciones es necesario dar una esperanza real a millones de personas acuciadas por la pobreza, los conflictos y las enfermedades". Al mismo tiempo Annan exhortó a los estados miembros a adelantar su trabajo para ratificar un acuerdo global sobre la definición de terrorismo. Tarea nada fácil, por cierto, siendo una realidad tan multiforme, donde la campaña militar contra Afganistán es calificada por muchos como un terrorismo de Estado (*Le Monde*, 10 de noviembre de 2001).

Recordemos las palabras de K. Annan, en la apertura de la 58ª Conferencia de Naciones Unidas, en septiembre de 2003: "Tenemos que enfrentar nuevas amenazas o tal vez antiguas amenazas presentes en forma extraña y peligrosa: las nuevas formas de terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva. Pero, mientras que para algunos es evidente que estas amenazas son el desafío mayor a la paz mundial y a la seguridad, otros se sienten directamente más amenazados por pequeñas armas en sus conflictos civiles, o por lo que se denominan amenazas blandas, como la persistencia de la extrema pobreza, la disparidad de ingresos dentro y entre sociedades, la difusión de las enfermedades infecciosas, el cambio climático y el deterioro ambiental. En realidad no podemos escoger. Naciones Unidas tiene que enfrentar todos los desafíos, los nuevos y los antiguos, las amenazas duras y las amenazas blandas".

En el mismo discurso, Annan cuestiona la guerra preventiva, defendida por el gobierno de Esta-

dos Unidos: "Desde la fundación de esta institución todos los estados han procurado enfrentar las amenazas a la paz por medio de la contención y la disuasión, basada en un sistema de seguridad colectiva, de acuerdo a la Carta de Naciones Unidas. El Artículo 51 prevé que todos los estados, si son atacados, tienen el derecho de defenderse. Hasta ahora estaba admitido que cuando los estados deciden recurrir a la fuerza para responder a graves amenazas a la seguridad y a la paz internacional, necesitan contar con la legitimidad que sólo pueden procurar Naciones Unidas. Ahora, algunos dicen que esta teoría no es sostenible cuando un ataque armado de destrucción masiva puede lanzarse en cualquier momento, sin previo aviso o por un grupo clandestino. Los estados, arguyen, tienen el derecho y la obligación de utilizar la fuerza de manera preventiva, incluso sobre el territorio de otros estados y aun cuando los sistemas de armas utilizables en el ataque estén en proceso de fabricación. Esta lógica representa un cambio fundamental respecto a los principios sobre los que reposaba la paz y la estabilidad del mundo, desde hace 58 años, aunque haya sido de manera imperfecta. Lo que me inquieta es que, si se adopta este principio, pudiera crear precedentes, que multiplicarían el recurso a una fuerza unilateral y sin fundamento jurídico, con o sin ninguna justificación" (*Realidad*, 2003, p. 735).

A un año de esta cumbre de Naciones Unidas, tanto G. W. Bush como V. Putin están decididos a lanzar "la guerra sin fin" y los motivos son similares. Bush se halla en plena campaña electoral y vuelve a martillar su programa de guerra contra el terrorismo mundial para justificar su guerra contra Irak. Lo peligroso para su país y para el resto del mundo es que este eslogan le gane los votos de un electorado hipnotizado por las nuevas amenazas de Al Qaeda. Esta resolución vendría a profundizar los distanciamientos transatlánticos y retrasaría las respuestas mundiales a las amenazas "blandas" del tercer mundo. Conocemos bien la "vulgata" que inspira el mesianismo de G. W. Bush.

Merece un poco de atención el ambiguo comportamiento de V. Putin, presidente de una Federación Rusa, "que no acaba de aceptar el fin de su imperio, ni que en el ámbito internacional sea ahora un país deudor y sometido a las fuerzas de los mercados externos y a las instituciones financieras internacionales". Putin piensa, dice el editorial de *Le Monde*, que blandiendo el estandarte de la gue-

rra contra el terrorismo internacional lleva las de ganar, en su política de restaurar el dominio ruso sobre el Cáucaso y Asia Central. "En nombre de esta política, Putin descarta toda solución política en Chechenia, y al mismo tiempo, promueve las separaciones de micro regiones con el fin de desestabilizar países vecinos, como Georgia. ¿Qué van a hacer los gobiernos europeos cuando el objetivo no sea Georgia sino Ucrania?" (*Le Monde*, 10 de septiembre de 2004). ¿Cuáles son las segundas intenciones del pacto de la OTAN con Rusia, de lucha contra el terrorismo mundial, que Putin firmó en Roma, en mayo de 2002, y que luego comentaremos?

El editorial de *El País* califica como "golpe de mano" las medidas políticas y administrativas radicales, muy poco democráticas, anunciadas por V. Putin, punto seguido a la sangrienta liberación de la escuela de Beslan. El mismo Colin Powell ha cuestionado estas medidas, que el presidente ruso insiste en aplicar para defenderse de una amenaza externa, que busca la desintegración de su país. "Un flaco favor para resolver los graves problemas de la Federación Rusa y para el pleno desarrollo de las libertades y el respeto de las minorías regionales... Se trata de un paso atrás, incluso de una regresión a modos autoritarios y un ataque frontal a regiones y repúblicas autónomas en pos de un Estado fuerte y centralizado, que casa mal con su estructura federal. Como ha dicho el último de los dirigentes soviéticos, Mijail Gorbachov, un gobierno no arregla sus problemas limitando los derechos de la ciudadanía".

"El plan prevé acabar con las elecciones directas de gobernadores o líderes regionales, y que éstos sean designados por sus respectivos parlamentos a propuesta del Kremlin. Sugiere también una reforma de la Duma (Cámara baja) en provecho de los grandes partidos, mediante un sistema único de elección proporcional que hará casi imposible la presencia de candidatos independientes de las regiones, que hasta ahora representaban la mitad de la Cámara... El líder del Kremlin se ha adentrado en una peligrosa vía autoritaria, atacando a los medios de comunicación, azuzando sentimientos patrióticos, persiguiendo a grupos de oposición y a oligarquías financieras que hacen frente a su política, o cercenando el poder regional, como si así fuera posible exterminar el cáncer del terrorismo o de la corrupción. Todo un ejemplo de lo que no debe hacerse en la lucha antiterrorista" ("Golpe de mano", *El País*, 15 de septiembre de 2004).

El 23 de septiembre, *Le Monde* comunicó que V. Putin decidió hacer lo que no conviene hacer. “Tres semanas después de la carnicería en Beslan, V. Putin se decide a poner en obra el fortalecimiento del poder central de los ministerios de Seguridad, Defensa e Interior. Más de cuarenta proyectos de ley se presentan al Parlamento para luchar contra el terrorismo internacional. La Duma, dominada por el partido presidencial, Rusia Unida, ha adoptado el pasado miércoles una resolución que pide “la consolidación de todas las estructuras de poder”. Las medidas programadas organizan el mayor control de extranjeros, limitan la circulación de personas y prevén una censura de los medios de comunicación, en caso de crisis. Se constituye una especie de gobierno paralelo, en el todo del Cáucaso del Norte, desestabilizado por la guerra de Chechenia” (“El Kremlin confiere todos los poderes a los servicios de seguridad”, *Le Monde*, 23 de septiembre de 2004).

En la reciente Asamblea General de Naciones Unidas (septiembre de 2004), ha habido un intercambio diplomático de “preocupaciones” sobre las medidas tomadas por Putin, luego de los sucesos de Beslan. El Secretario de Estado Colin Powell ha discutido con S. Laurov las preocupaciones suscitadas por las propuestas de Putin sobre el sistema de elecciones en Rusia y el nombramiento de los gobernadores. Laurov dijo: “Estas medidas se basarán en la Constitución de nuestro país y continuaremos con la defensa de nuestros intereses legítimos, a través de un diálogo amigable, la cooperación y la ayuda, más que por la confrontación. Se trata de reforzar la unidad del país y de su pueblo para luchar contra el terrorismo y garantizar una existencia segura

y digna a nuestros ciudadanos, en libertad y democracia”. Por su parte, Putin comunicó a Bush que Rusia “hace diez años eligió un Estado democrático de economía de mercado, y no hay cambio de rumbo. Para Rusia, democracia y estabilidad son importantes tanto la una como la otra, y estoy seguro de que Rusia puede desarrollarse con su mutua conjugación” (*Le Monde*, 24 de septiembre de 2004).

Aunque Bush y Putin, por razones similares (11-S y 3-S), lanzan su programa de guerra contra el terrorismo mundial, es lícito preguntarse si ambos líderes hablan del mismo terrorismo. En varios foros y cumbres mundiales, los ministros de ambas potencias han mostrado serias divergencias sobre “el sujeto terrorista”. Cuando G. W. Bush lanza su programa de guerra contra el “eje del mal”, Irak, Irán, Corea del Norte, el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, S. Ivanov —junto con China, Alemania, Francia— salió en defensa de Irak e Irán. “No tenemos la menor prueba de que Irán esté implicado o mantenga relaciones con alguna organización terrorista; al contrario, Irán, Rusia y la India han combatido el terrorismo en Afganistán. Puede ser que pocas personas en occidente comprendan nuestras relaciones con Irán e Irak. Tampoco nosotros aceptamos que los aliados occidentales de los estados del Golfo y Arabia Saudita financien el terrorismo. Rusia tiene el propósito de seguir ayudando a Irán en el plano económico, en la venta de armas convencionales y defensivas y en la construcción de una central nuclear, bajo la supervisión de la Organización Internacional de la Energía Atómica. El Kremlin está decepcionado porque a los chechenos, que hicieron volar edificios en Moscú y Buinaks, se les califica como ‘luchadores por la libertad’, mientras que otros países son considerados terroristas” (ECA, 2002, p. 65).

Igualmente, cuando la confusa resolución del Consejo de Seguridad aprobó la presencia de “la fuerza ocupante” en Irak (16 de octubre de 2003), “Rusia, Alemania y Francia decidieron votar a favor, aunque aseguraron que no participarán ni con dinero, ni con tropas en el esfuerzo de la guerra” (*Realidad*, 2003, p. 750). Como veremos, muchos son los autores que critican frontalmente el programa de guerra al terrorismo mundial, lanzado por Bush como un an-



zuelo patriótico, en su campaña electoral. La conducta de V. Putin, en sus alianzas flexibles con occidente, es ambigua. El también cuenta con un elevado voto nacionalista, que apoya su lucha antiterrorista.

2. De la gran "Madre Rusia" al pacto OTAN-Rusia

El imperio sigue presente. En diciembre de 1991, en Minsk, se firmó el decreto de la extinción de la Unión Soviética y, en marzo 1996, la Duma (Cámara baja) aprobó una resolución por la cual anuló dicho. El preámbulo dice que "se desea abrir nuevas posibilidades a la integración de los pueblos hermanos que estaban unidos a la URSS". Catorce repúblicas adquieren el estatus de naciones independientes. "Los rusos, sin embargo, han perdido su antiguo estado, que para ellos era el imperio soviético multinacional. Los mismos diputados que en 1991-1992 afirmaron el derecho de la Federación Rusa a separarse de la Unión Soviética, hoy son los que no aceptan su desintegración. Hoy sienten que la desaparición de la Unión Soviética ha traído más daños que beneficios. No hay coincidencia en cómo se pudo producir la caída y cuáles fueron los verdaderos motivos, al igual que sobre las consecuencias que deben extraerse del fin de la Unión Soviética en el futuro. Unos dirán que la caída fue irremediable, otros afirman que habría que procesar a Yeltsin y a los suyos por alta traición".

La resolución de la Duma no tiene efectos jurídicos, pero indica que el espíritu imperial está presente. La doctrina se traduce en enunciados militaristas: "La comunidad internacional debe reconocer el papel de Rusia como garante político y militar de la estabilidad de todo el territorio de la ex Unión Soviética. Las ex repúblicas de la ex Unión Soviética no tienen derecho a celebrar alianzas militares y políticas con terceros países, ni a formar una alianza sin Rusia. Rusia considera cualquier

paso en esa dirección como una actitud hostil. Ni las estructuras internacionales, ni Estados Unidos, ni la OTAN son los factores que deben determinar los destinos en el espacio geopolítico de la ex Unión Soviética, sino Rusia".

A medida que avanza la década de los noventa, bajo la jefatura Yeltsin, la economía pasa de la recesión a un caos endémico. La transición hacia una economía de mercado *sui generis*, liderada por Gaidar y Chubais, dio lugar a una "apropiación desvergonzada" de bienes y de empresas públicas, y a la aparición de los "nuevos zares", multimillonarios de baja calaña como Berezovsky, Guzinsky, Potanin,

Jodorkovsky, Fridman, Aven... y el mismo Chubais. Solzhenitzin describe la corrupción institucional. La mafia maneja 50 mil millones de dólares, dentro y fuera de Rusia. Al mismo tiempo, el rublo, sacudido por la crisis financiera mundial de 1997-1998, se precipita, en un proceso de devaluación. La deuda interna y externa crecen y la pobreza afecta al 44 por ciento de la población. La forma como se pretendió hacer la transición hacia una economía de mercado (el Fondo Monetario Internacional es, en buena parte,

culpable) dejó al país en un profundo caos político, económico y social. Al mismo tiempo, los antiguos países satélites buscan cobijarse bajo el paraguas de la OTAN y, después de esperar un poco, se integrarán en el mercado común europeo. Así, la Unión Europea se consolida, mientras la ex Unión Soviética se desintegra política y económicamente.

En 1999, el Centro Ruso de Opinión Pública repitió la encuesta procesada antes, en 1989 y 1993. La encuesta muestra que crece la nostalgia de "los grandes de mi nacionalidad", la gran "Madre Rusia". Junto con esta nostalgia del pasado, aumenta la mentalidad antioccidental y militarista, y también la conciencia de pertenecer a la comunidad religiosa ortodoxa. La decepción predomina sobre la agresividad en su relación con occidente. Los resultados

indican que éste está recuperando la imagen del principal enemigo de Rusia. Crece el porcentaje de quienes opinan que la aproximación a occidente y la libertad de viajar al extranjero han sido más perjudiciales que beneficiosas para Rusia. Los rusos son un gran pueblo con una importancia particular en la historia mundial. Los jóvenes apoyan, en un 67 por ciento, estas respuestas. Surge la nostalgia del pasado, de la "Madre Rusia", y el personaje más destacado de su historia es el Zar Pedro I, el Grande. Esto ha quedado reflejado en la guerra declarada a los independentistas —terroristas chechenos. En el fondo, una negativa a nuevas separaciones de la Madre Rusia.

V. Putin viene de la KGB (policía secreta) y es originario de San Petersburgo; su oficina está presidida por el retrato de Pedro I, el Grande, quien ensanchó las fronteras del imperio ruso y "para ello no dudó en decapitar a la tercera parte de la población". En enero de 2002, Putin prometió un Estado fuerte y un nuevo patriotismo ruso. El nacionalismo ruso se opone radicalmente a la secesión de la república chechena y justifica la guerra contra "estos terroristas". Y la Duma, por su lado, se opone a reducir las armas nucleares. Uno de los primeros actos de Putin fue confirmar y visitar el frente de guerra, en Chechenia, lo cual le granjeó el apoyo de la población. El opositor más abierto, por su pensamiento democrático, es el economista Grigory Yaulinsky, secretario del Partido Yábloko, quien ha dicho en público que "la guerra en Chechenia es un crimen y que V. Putin va a reforzar un sistema de nomenclatura criminal". En las elecciones del 26 de marzo de 2000, Yaulinsky sólo obtuvo el 5.8 por ciento de los votos, en buena parte, por su oposición a la guerra contra Chechenia y por su abierta acusación al sistema corrupto de las cúpulas estatales. "A medida que avance el año 2000 se irá resolviendo 'la incógnita Putin'" (*Apuntes guías de sistemas económicos comparados*, "Capítulo primero: el final al principio").

3. El pacto Moscú-Washington

En mayo de 2002, G. W. Bush visitó cuatro países de Europa —Alemania, Rusia, Francia e Italia—. Su mensaje era claro: el terrorismo internacional amenaza a las potencias europeas con el mismo fanatismo que a Estados Unidos. Por lo que atañe a Rusia, Bush y Putin pactaron tres puntos de agenda: la reducción de las ojivas nucleares, la lucha contra el terrorismo y los recursos petrole-

ros. En vísperas de este viaje, Putin había dicho que Rusia y Estados Unidos "han logrado desde hace un año crear un clima de mutua confianza, demostrando que nuestros países no son adversarios". El acuerdo de reducción de armas nucleares quiere dar a entender que se pone fin a la guerra fría. La geopolítica da un giro de 180°. Estados Unidos y Rusia actuarán "conjuntamente" para resolver muchos conflictos regionales, entre ellos el caso Chechenia y para favorecer la explotación de los recursos energéticos del Caspio. Esto significa dar un derecho de inspección a Estados Unidos, en una amplia zona que había sido coto cerrado de Rusia.

En la declaración conjunta contra el terrorismo ambos mandatarios juzgaron que "la soberanía, la estabilidad durable, la prosperidad y el desarrollo democrático futuro de los estados de Asia central sirven los intereses de Estados Unidos y de Rusia". Se hace mención especial a Georgia, donde han surgido elementos terroristas y donde ya han comenzado a llegar instructores estadounidenses para adiestrar a las fuerzas nacionales. Los conflictos actuales en la región del Cáucaso y la imprevisible Asia central amenazan la lucha mundial contra el terrorismo y la seguridad estadounidense, porque si estas regiones se hunden en el caos y en los conflictos violentos contra civiles, pueden convertirse en terreno propicio para los extremistas y para la red Al Qaeda. Además, en esa región están en juego los recursos petroleros. Ambos mandatarios han firmado un pacto energético, "uniendo esfuerzos para desarrollar los recursos energéticos de Rusia y de la región del Caspio".

Así, la geopolítica se casa con la geoeconomía. Compañías estadounidenses —*Chevron*, *Texaco* y *Exxon Mobil*— explotan y transportan el crudo, en varias regiones del Caspio, y se moderniza el sector energético de Rusia, Siberia oriental y el lejano oriente. Con la promesa de recibir un apoyo para ingresar en la Organización Mundial del Comercio, Rusia debe hacer un esfuerzo para afianzar su economía (con la ayuda de nuevos préstamos), así como modernizar su política, asentada en los principios democráticos del respeto de los derechos humanos, de las minorías étnicas, de la libertad de prensa, de la separación de poderes y de la economía de mercado.

Ahora Rusia forma parte del Consejo OTAN, por el acuerdo firmado en Roma, el 28 de mayo de 2002. "Vivimos un mundo nuevo, donde nuevas amenazas y desafíos exigen respuestas cada vez más unidas. Por esta razón, los estados miembros

de la OTAN y la Federación de Rusia abrimos un nuevo capítulo en nuestras relaciones...". Ambos signatarios se comprometen a modernizar sus sistemas de información sobre redes terroristas y de defensa contra posibles ataques terroristas, al mismo tiempo que Rusia se acerca a occidente. A la hora de los brindis, se escucharon nuevos proverbios: "El terrorismo tiene unos medios excepcionales que requieren una respuesta excepcional", dijo J. Chirac. "El pueblo británico ya no teme al ruso, pero los dos tememos al terrorismo", señaló T. Blair. "No podéis vencernos, no teneos ninguna oportunidad", espetó Berlusconi, al dirigirse a los terroristas. "Los valores no se defienden solos. No debemos esperar sentados a ser agredidos", agregó J. M. Aznar. V. Putin concluyó: "No podemos pensar Rusia fuera de Europa" (*Realidad*, 2002, pp. 433-440).

Estos calurosos brindis no significan armonía y solidaridad entre los signatarios. G. W. Bush no fue recibido calurosamente, en el Bundestag de Berlín, cuyo presidente, W. Thierse, dijo: "En un mundo globalizado, cada vez menos los problemas afectan a un solo país y un solo país no los puede resolver. Más pronto que tarde todos sentiremos las consecuencias de la integración económica mundial, de la indigencia de los países pobres y del uso irresponsable de los recursos naturales. Necesitamos coaliciones contra la pobreza, necesitamos acciones coordinadas contra el daño a la biosfera. Esperamos muy de veras, Señor Presidente, que estemos en capacidad de seguir juntos la ruta trazada por el protocolo de Kyoto. Ninguna coalición es más urgente que la de la paz mundial" (*ibidem*, p. 432).

Cuando en febrero de 2002, Bush lanzó su amenaza de guerra contra "el eje del mal", los países de la OTAN, incluidos entonces Inglaterra, España e Italia, no estaban de acuerdo con el unilateralismo de su gobierno, claramente expresado por Colin Powell: "Nosotros creemos en el multilateralismo. Pero cuando se trata de una cuestión de principios y cuando la comunidad internacional no está de acuerdo con nosotros, no dejamos de hacer lo que estimamos justo y en nuestro interés, aunque algunos de nuestros amigos no estén de acuerdo". A los europeos les disgustan estas "alianzas flexibles" del gobierno de Bush (*ibidem*, pp. 422-423).

El pacto OTAN-Rusia (mayo de 2002) es una alianza flexible que, un año más tarde, fue roto y quedó olvidado por otra alianza flexible entre Estados Unidos, Inglaterra y España. Putin se quedó a la espera de recibir mayores ayudas y donaciones



para aliviar su pesada deuda externa, mejorar sus oleoductos petroleros y castigar a los independentistas chechenos. Todas estas peticiones fueron quedando en la vía muerta. Bush ganó poder de inspección del petróleo del Caspio, donde ya trabajan compañías estadounidenses. El gobierno de Bush está muy ligado al mundo petrolero; así, la quiebra de la empresa *Enron* salpicó a la Casa Blanca. ¿De qué terrorismo se está hablando en el pacto de Roma, cuando quince meses antes el gobierno de Bush ya había puesto los ojos en las riquezas petroleras de Irak?

4. La "guerra equivocada" de Irak

Así la han calificado algunos autores por doble motivo. Vencido y reducido a prisión el dictador de Irak, la guerra se hace cada vez más adversa para la fuerza ocupante y puede derivar en guerra civil interna. Dentro de Irak, pese al renovado discurso de Bush, en la Naciones Unidas, no hay paz, libertad y democracia. Al mismo tiempo, crece un cruel e indomable terrorismo, cuyas redes, instigadores y financiamiento son difíciles de detectar. "La amenaza de atentados sigue siendo elevada", según el coordinador europeo de la lucha antiterrorista, Gifs de Vries (*El País*, 19 de septiembre de 2004). Dado que Bush, en su discurso en Naciones Unidas, del 22 de septiembre de 2004, volvió a justificar la guerra contra Irak, porque el Consejo de Seguridad no tomó en serio las "graves

consecuencias" de su Resolución 1441, del 8 de noviembre de 2002, trasladamos algunos autorizados testimonios, que muestran la falta de honestidad y moralidad del presidente estadounidense y de su equipo asesor.

El Comité de Inteligencia del Senado, en un documento de 550 páginas, acusa a la CIA por haber elaborado su informe sobre Irak, 90 páginas, con datos inciertos, exageraciones e información sesgada, en apenas tres semanas. El destinatario de ese informe "no fue La Casa Blanca, sino el Congreso, quien solicitó a la CIA el informe cuando el presidente George W. Bush

pidió la delegación de poderes para declarar la guerra a Irak". La Agencia entregó el informe en octubre de 2002, casi un año después de que Bush pusiera en marcha la preparación de la guerra. El informe del Comité de Inteligencia (del Congreso) describe los errores, "prejuicios de grupo", información sesgada, ocultación y manipulación de fuentes en el principal documento sobre Irak, elaborado por la CIA. A primeros de septiembre de 2002, Bush, después de preparar a la opinión pública durante un año, solicitó al Congreso autorización para declarar la guerra a Irak. Según la Constitución —Artículo 1, décima sesión— no se puede hacer la guerra sin el consentimiento del Congreso, "a menos de ser invadido realmente o de hallarse en peligro tan inminente que no admita demora".

"La inexistencia de armas de destrucción masiva llevó al Comité a analizar las falsas afirmaciones de la CIA sobre Irak y a examinar el comportamiento de la administración Bush en su campaña a favor de la guerra, es decir, si manipuló al Congreso y a la opinión pública sobre los riesgos que representaba Sadan... Uno de los pasajes más reveladores del largo informe del Congreso es el relato sobre cómo se preparó la declaración del Secretario de Estado, Colin Powell, ante el Consejo de Seguridad de la ONU, el 5 de febrero 2003. Todos los datos que aportó se han verificado fal-

sos, erróneos, inciertos o sesgados". Un ex agente de la CIA, que conocía la fuente de los datos, afirmó que "el informante era una fuente insolvente" (un ingeniero exiliado iraquí), "La CIA, de lo que me avergüenzo, ha llegado muy abajo en sus niveles de corrupción. Pero aquí ha habido corruptores: Bush, Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Douglas Feith" ("Bush optó por la guerra un año antes de que la CIA elaborase su informe"; *El País*, 12 de julio de 2004).

W. Thierse dijo: "En un mundo globalizado, cada vez menos los problemas afectan a un solo país y un solo país no los puede resolver. [...] Necesitamos coaliciones contra la pobreza [...] contra el daño a la biosfera. Esperamos muy de veras, Señor Presidente [Presidente Bush], que estemos en capacidad de seguir juntos la ruta trazada por el protocolo de Kyoto. Ninguna coalición es más urgente que la de la paz mundial".

Paul O'Neil, primer Secretario del Tesoro de Bush, afirmó, en revelaciones hechas al periodista Ron Suskind, cuyo libro titulado *El precio de la lealtad*, aparecerá próximamente, que "la caída del presidente de Irak, Sadan Husein, era prioridad de la presidencia, en enero de 2001, ocho meses antes de los atentados del 11 septiembre". O'Neil tuvo acceso a un documento, calificado de "secreto", en el cual se habla de "un plan para Irak después de Sadan", discutido desde enero de 2001. La Casa Blanca anunció planes de

despliegue de fuerzas de paz, tribunales de justicia y también de distribución de las riquezas petroleras iraquíes. O'Neil declaró al *Time* que "nunca vio en los datos de este informe una verdadera prueba" de la presencia de armas de destrucción masiva, en Irak. "Había algunas afirmaciones y opiniones expresadas por algunas personas, pero yo no nací ayer, y conozco la diferencia entre una prueba y una opinión, ilusión o conclusión que pueda sacarse de algunas presunciones". Estas confidencias del anterior secretario del Tesoro coinciden con los informes de la Fundación Carnegie para la paz internacional y de Jeffrey Record, del Colegio de Guerra de la Fuerza Armada, según los cuales Bush había exagerado la amenaza iraquí, dando inicio a "una guerra preventiva inútil" (*Realidad*, 2004, p. 30).

Este testimonio de Paul O'Neil avala la explicación financiera del profesor Paul Harris y del Premio Nobel de economía Joseph Stiglitz. En el segundo semestre de 2000, la economía estadouni-

dense es golpeada por la especulación en bolsa de valores: "nuestra tasa de crecimiento probablemente es cercana a cero", dirá Alan Greenspan, en diciembre de 2000. El 6 de noviembre de 2000, el gobierno de Irak, el segundo país productor de crudo, trasladó sus millonarios activos en dólares a la zona euro. Los dos economistas se preguntan: "¿qué pasaría si la OPEP de repente se cambia al euro? En pocas palabras, se arma la gorda", dice Stiglitz. "Entonces, ¿qué pasaría si la OPEP, como grupo, decidiera seguir el ejemplo de Irak y empezara a negociar petróleo en euros? Explosión económica. Las naciones consumidoras de petróleo tendrían que hacer salir sus dólares de las reservas en sus bancos centrales y reemplazarlos por euros. El valor del dólar se vendría abajo y las consecuencias serían las que podría esperarse de cualquier colapso de divisa e inflación masiva (piénsese en Argentina, por ejemplo). Los fondos extranjeros podrían salir atropelladamente del mercado de valores norteamericano y habría una huída de los bancos de los activos en dólares como la de 1930; el déficit presupuestario se incumpliría y así sucesivamente. Y esto sólo en USA. Japón sería golpeado duramente a causa de su total dependencia del petróleo extranjero y su increíble sensibilidad al dólar estadounidense. Si la economía de Japón cae, caería también la de muchos otros países, especialmente la de Estados Unidos en un efecto dominó" ("Bush vs. Europa", *Cambios*, Periódico Digital).

Como no se puede declarar la guerra a un país por trasladar sus activos de una a otra divisa, el gobierno de Bush tenía que imaginar la existencia de armas de destrucción masiva, en 2001, y transferir las riquezas petroleras de Irak a la zona dólar. A estos informes se puede agregar el testimonio de David Kay, responsable de la misión de 1 400 especialistas, enviados a Irak, en junio de 2003, para investigar la existencia de armas de destrucción masiva, puesto que los inspectores de Naciones Unidas no las habían encontrado. "Creo que no existían tales armas", dijo al renunciar a su cargo. Esto fue un duro golpe para Bush quien, en un reciente discurso a la nación, había dicho: "El informe Kay ha identificado docenas de actividades relacionadas con programas de destrucción masiva y una significativa cantidad de equipo, que Irak ocultaba a Naciones Unidas. Si no hubiéramos actuado, esos programas de armas destructivas del dictador se estarían desarrollando hoy". No fue éste el informe de Kay: "Esto de que habla todo el mundo son los inventarios producidos luego de ter-

minar la guerra del Golfo, en 1991, y no creo que haya habido un programa de producción de cierta envergadura, en los años de 1990. Creo que tenemos la prueba manifiesta de que [los iraquíes] no han relanzado una producción mayor, y esto es lo que testificamos" (*Realidad*, 2004, pp. 30-31).

En su discurso en Naciones Unidas, el 21 de septiembre de 2004, Bush volvió a blandir el mismo falso testimonio que utilizara en su discurso a la nación del 16 de marzo de 2003: "Norteamérica ha procurado trabajar con Naciones Unidas para enfrentar esta amenaza, porque queremos arreglar el problema de manera pacífica. Nosotros creemos en la misión de Naciones Unidas. Durante los pasados cuatro meses y medio Estados Unidos y nuestros aliados han trabajado en el marco del Consejo de Seguridad para aplicar las anteriores resoluciones del Consejo. Pero algunos miembros permanentes del Consejo de Seguridad han anunciado que opondrán su veto a cualquier resolución que obligue al desarme de Irak... El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas incumplió sus responsabilidades y, por lo tanto, nosotros vamos a asumir las nuestras".

Este era claramente un falso testimonio. Lo que pretendía el "pacto franco-alemán" era duplicar o triplicar el número de inspectores de Naciones Unidas, en Irak, para contar con un cuerpo especializado, que se encargara de mantener vigiladas las zonas ya controladas. Se trataba de reforzar de manera sensible la capacidad de observación y recogida de informaciones, en territorio iraquí. Al vuelo de los aviones U2 estadounidenses se añadirían los *Mirages IV* franceses, equipados para misiones de observación. Asimismo se proponían crear un centro de coordinación y depuración de la información, capaz de proporcionar los datos que necesitasen los jefes de la inspección, Hans Blix y Mahomed El Baradel. Además, éstos contarían con un coordinador permanente de Naciones Unidas para desarmar a Irak (*ECA*, 2003, pp. 392-393 y 396). ¿Cuál es la seguridad que puede ofrecer al mundo un segundo período presidencial del equipo Bush?

5. "No perdáis la esperanza"

El 12 de septiembre de 2004, Arthur Schlesinger, asesor del presidente John F. Kennedy, escribió una carta a los amigos europeos, con este título, dándonos a entender que el pueblo estadounidense, con seguridad, votará por el candidato de-

mócrata John Kerry. "La segunda guerra mundial fue un conflicto más amenazador, con unos enemigos mucho más peligrosos. Pero la guerra no amenazaba a los estadounidenses que hacían su vida diaria. Actualmente, muchos sienten una intensa vulnerabilidad personal, que nunca antes habían experimentado. Esta amenaza misteriosa condujo a un gobierno recién instalado en Washington a cambiar la base de la política exterior. Esa base había sido la contención y la disuasión, una mezcla que nos permitió ganar la guerra fría. La nueva base de la política exterior es la guerra preventiva, que los presidentes estadounidenses de la guerra fría habían aborrecido y vetado. La doctrina de Bush es atacar a un enemigo unilateralmente si hace falta, antes de que pueda atacarnos, un derecho reservado a Estados Unidos. Esto convierte a este país en el juez, el jurado y el verdugo del mundo, una posición difícilmente popular... El argumento a favor de la guerra preventiva descansa en la suposición de que tenemos un sistema de inteligencia casi perfecto sobre las intenciones y la capacidad del enemigo. Las investigaciones *post-mortem* realizadas a nuestros organismos de inteligencia demuestran lo imperfectos que eran nuestros conocimientos sobre Irak" (*El País*, 12 de septiembre de 2004).

"Mientras tanto", continúa Schlesinger, "la ansiedad por la 'seguridad interior' se mantiene en muchos hogares estadounidenses. Los habitantes de la era del terrorismo están dispuestos a pagar un precio por proteger a sus familias. Como todas las guerras, la de Irak ha aumentado el poder presidencial. Hoy la presidencia imperial ha renacido en Washington. La denominada Ley Patriótica, presentada apresuradamente tras el 11-S por un fiscal general imperial, impone restricciones a las libertades civiles de los ciudadanos estadounidenses. El Tribunal Supremo ha condenado la suspensión presidencial del juicio justo para los presos retenidos muchos meses y sin acceso a abogado defensor en Guantánamo... El gobierno de Bush es el más secretista que se recuerda y su secretismo aumenta de día en día. El fiscal general ha hecho todo lo posible por sabotear la Ley sobre la Libertad de Información. El número de documentos clasificados ha aumentado un 60 por ciento, entre 2001 y 2003. El gobierno de Richard Nixon mantenía el record del secretismo, pero ahora el asesor de Nixon, John Dean, ha escrito un libro muy vendido, titulado, *Peor que el Watergate; la presidencia secreta de George W. Bush*" (*ibid.*).

"Dichas restricciones preocupan a los estadounidenses. No debemos suponer que G. W. Bush fue elegido mayoritariamente. Es un presidente minoritario, elegido por el Tribunal Supremo, en una sentencia tomada por cinco votos a favor y cuatro en contra. Si se sumaran los votos emitidos a favor de Al Gore y Ralph Nader, Bush habría perdido la votación popular por tres millones de votos. Las encuestas de opinión pública dan a entender que el 45 por ciento del electorado adora a Bush, y otro 45 por ciento lo detesta. No es probable que muchos electores de los dos bandos opuestos cambien de idea de aquí a las elecciones del 2 de noviembre. La batalla la ganará el 10 por ciento de los indecisos... Inmediatamente después del 11-S, una oleada de simpatía mundial inundó Estados Unidos. Tres años después, el mundo lo contempla con hostilidad. Nunca en su historia, el país había sido tan impopular en el extranjero. Eso no se le pasa por alto al votante estadounidense. Y la gran virtud de la democracia es su capacidad para enmendarse. Así que amigos europeos, no desesperéis" (*ibid.*).

Sea dicho, entre paréntesis, que a muchos nos gustaría más que hubiera una "tercera vía", porque el candidato demócrata, John Kerry, el 2002, votó a favor de la guerra en Irak. Por añadidura, hay otro detalle que lo aproxima mucho a la política del gobierno actual. El 9 de julio de 2004, la Corte Internacional de Justicia, tribunal dependiente Naciones Unidas, juzgó que el "muro de seguridad", construido por los israelitas en Cisjordania desde 2002, viola el derecho internacional. De esta manera, el tribunal rechazó el argumento de "seguridad", con el cual el gobierno de Israel justifica su construcción. Por lo tanto, la Corte Internacional de Justicia solicitó su "desmantelamiento" y la indemnización a los palestinos expropiados por los daños causados.

La Corte Internacional de Justicia ha basado su argumentación en la noción de "territorios ocupados". Como era de esperar, las autoridades de Israel afirman que esta institución ha perdido "todo sentido moral" y olvida que el "terrorismo palestino" es el origen del muro de seguridad. El portavoz de La Casa Blanca y el Departamento de Estado sostienen, por su lado, que la posición de la Corte Internacional de Justicia es "inapropiada" y que puede "entorpecer los esfuerzos por llegar a un arreglo negociado entre israelitas y palestinos". El Ministro de Asuntos Exteriores de Israel solicitó a Washington vetar, "una vez más", toda resolución contra el muro. Para forzar la tuerca, el can-

didato demócrata, John Kerry, se declaró “profundamente decepcionado” por la sentencia de la Corte, porque el muro de la seguridad “es una respuesta legítima al terrorismo” (*Le Monde*, 10 de julio de 2004). El único consuelo es la frase de A. Schlesinger, “que la gran virtud de la democracia es su capacidad para enmendarse”.

En la contienda electoral de Estados Unidos, no dejan de ser interesantes algunas respuestas del ex presidente Bill Clinton a *Le Monde*: “John Kerry puede esperar una clara victoria”. El corresponsal de *Le Monde* preguntó, entonces, “La imagen de Norteamérica ha caído muy abajo en amplios sectores de la opinión mundial. ¿Le inquieta esto?”. “Esto es tan importante como inquietante...” —respondió Clinton—. “Esto se explica en gran parte por el conflicto en Irak. Hemos atacado Irak en forma apresurada, cuando Hans Blix, jefe de inspectores de Naciones Unidas, aún no había terminado su tarea. También se ha tratado toscamente a Francia y Alemania, porque no estaban de acuerdo con nosotros. Yendo más a fondo, la impopularidad que sufre Estados Unidos se debe a la repetida, unilateralidad del gobierno de Bush: rechazo del tratado de no proliferación de armas nucleares, rechazo de la Corte Penal Internacional y oposición al protocolo de Kyoto, sobre el calentamiento de la tierra”.

El periodista vuelve a preguntar, “¿Diría usted que la ausencia de armas de destrucción masiva en Irak da la razón a la posición que Francia ha defendido?”. La respuesta de Clinton fue la siguiente: “Estados Unidos utilizó la resolución 1441, que imponía la inspección del proceso de desarme en Irak, dirigida por Hans Blix, para iniciar una apresurada operación militar contra Bagdad. No aguardaron el fin de la misión de Blix. Rechazaron alargar tres o cuatro semanas el proceso de inspección que pedía Hans Blix. Hoy se sabe por qué. Al interior del gobierno de Bush había una escuela de pensamiento que imponía la guerra contra Irak por motivos que nada tenían que ver con las armas de destrucción masiva. Esta era la escuela de Paul Wolfowitz, número dos del Pentágono, y de los llamados neoconservadores. Norteamérica, según ellos, debía utilizar su poder para derrotar la dictadura de Bagdad, facilitar el nacimiento de un movimiento de reformas en Oriente Próximo, que permitiría a su vez una solución más fácil del conflicto israelí-palestino. Esta gente no quería pasar por Naciones Unidas. Comprendo la posición de Francia y Alemania, pero tengo una objeción. Para ambos paí-

ses, incluso si Blix regresara a Nueva York para decir que Sadan no cooperaba, esto no autorizaba una guerra contra Irak, fueran los que fueran los resultados de la misión de Naciones Unidas. Esta era también la posición del presidente Jimmy Carter. Teniendo en cuenta la escena política norteamericana, esta posición tuvo por resultado fortalecer a quienes al interior del gobierno de Bush, sostenían que no servía para nada pasar por Naciones Unidas. En este contexto norteamericano esto equivalía a dar vía libre a los neoconservadores” (*Le Monde*, 21 de julio de 2004).

¿Se equivocó Estados Unidos de guerra? Esta parece ser la tesis de Moisés Naín, del mismo Bill Clinton y de otros muchos. La guerra preventiva le está saliendo muy cara al gobierno de Estados Unidos: más de 900 soldados muertos, 10 mil militares de la coalición heridos, 90 mil millones de dólares gastados, en una guerra cada día más difícil de justificar. Todo el proceso arranca de los ataques del 11 de septiembre, cuyos autores serían los verdaderos enemigos “número uno” de Estados Unidos, “que sigue basándose en los instintos y en los enfoques de la guerra fría. Las dos principales respuestas de Estados Unidos a los atentados del 11 septiembre ilustran muy bien la inercia mental que lleva a enfrentar nuevas batallas con enfoques obsoletos. En lugar de concentrar todas sus energías en luchar con las extrañas, ágiles y redes de civiles apátridas que perpetraron los atentados, Estados Unidos reaccionó atacando dos países. Primero atacó justificadamente a Afganistán, cuyo gobierno había sido tomado por estas redes de civiles extranjeros” (“Las ideas enterradas en Irak”, *El País*, 2 de agosto de 2004).

“Pero después”, continúa el editorial citado, “fue Irak, una nación con un ejército tradicional y un dictador que recordaba demasiado a los de la era de la guerra fría. Quizá el principal error estratégico de Irak fuera el de ofrecer un blanco apropiado para la mentalidad de la guerra fría de los actuales dirigentes de Estados Unidos y la actual capacidad militar del país. Así, enfrentado a la perspectiva de librar un nuevo tipo de guerra contra enemigos transnacionales, que operan en células pequeñas de civiles apátridas y que usan estrategias, armas y tácticas distintas a las de los manuales, el Gobierno de Bush prefirió luchar contra un enemigo conocido, cuyo rostro y localización le eran más familiares. Muy pronto, sin embargo, las tropas estadounidenses descubrieron que su principal amenaza

no era el ejército tradicional de Irak —que en otro garrafal error fue disuelto. Quienes los asesinaban eran lo que los abogados del Pentágono denominan ahora ‘combatientes ilegales’: soldados con nacionalidades y motivos tan poco predecibles que hacen difícil entender quiénes son sus dirigentes, cuál es su cadena de mando, dónde están sus lealtades y qué los hace tan propensos a suicidarse por su causa. Esto no estaba en los manuales” (*ibíd.*).

“Así las certezas y otras heroicas suposiciones sobre cómo debía enfrentarse Estados Unidos al mundo, contenidas en el documento sobre la Estrategia de Seguridad Nacional que el gobierno de Bush presentó en 2002, ya no parecen tan seguras. Condoleezza Rice dijo entonces que ‘el 11 de septiembre ha aclarado las amenazas a las que nos enfrentamos en la era posterior a la guerra fría’. Pero ahora sabemos que no fue así. Gracias a las recientes revelaciones sobre los cálculos y la toma de decisiones de alto nivel acerca de la guerra en Irak, sabemos que no reflejaron los peligros simbolizados por los asesinatos del 11 de septiembre. Más bien se hace evidente que los instintos y doctrinas que forjaron la estrategia de seguridad nacional estadounidense durante la guerra fría, han sobrevivido a la caída del muro de Berlín. Esperemos ahora que estas maneras de entender el mundo encuentren su lugar de descanso definitivo bajo los escombros de Irak” (*ibíd.*).

Desde su autoproclamado mesianismo, Bush convirtió una guerra equivocada en una guerra santa “contra los hombres sin fe y sin ley. Yo oro todos los días por la paz; mi fe me sostiene”. En el foro económico de Davos de 2004, el general Pervez Musharraf, de Pakistán, se pronunció a favor de un diálogo de las civilizaciones. “Todas las disputas políticas que el mundo está viviendo en los últimos años involucran a los musulmanes y todos los musulmanes pueden ver en sus televisores el tratamiento que reciben sus hermanos en religión. Ahí está la raíz del profundo sentimiento de injusticia y privación, que perciben la mayoría de 1 300 millones de musulmanes. Si a ello añadimos la pobreza y las bajas tasas de alfabetización que tenemos en el mundo islámico, tenemos un terreno abonado para los terroristas”. Se trata de una estrategia bidireccional: “el mundo islámico tiene que rechazar el extremismo y empujar el desarrollo económico y social; occidente, por su parte, tiene que resolver todas las disputas políticas pendientes y

asistir a los países islámicos en ese desarrollo socioeconómico” (*Realidad*, 2004, p. 33).

Musharraf reclamó a los países occidentales que “se corrija la asimetría económica y que los frutos de la globalización se distribuyan a favor de los que no tienen nada. Ahí está la raíz del extremismo que tanto alarma a occidente. La religión, el Islam, no tiene que ver nada con ese fenómeno. Existen dos errores de percepción; de un lado, en el mundo musulmán se cree que el Islam está en el punto de mira; del otro, en occidente se considera que el Islam es una religión militante, extremista e intolerante, contraria a la modernidad y al laicismo” (*ibíd.*). Estas palabras de Musharraf ponen de manifiesto el daño que el mesianismo visionario de Bush hace a toda la religión cristiana. Choque de civilizaciones y choque de religiones por culpa de Bush y de sus asesores del lobby judío.

Volvamos al editorial de *Le Monde*: “Su guerra sin fin”, que, según una cándida confesión de Bush a la *NBC*, “él piensa que no se puede ganar”, y que según el ministro ruso S. Laurov: “no terminará rápidamente”. Se trata de una nueva santa alianza contra un enemigo universal, “tan identificable como un Estado totalitario, también definida como nación dominadora... como una nueva encarnación del imperio del mal... como a los ojos de Reagan fue la Unión Soviética, dirigida hoy por Vladimir Putin. Todo sucede como si, de Washington a Moscú, nuestro mundo de la postguerra fría estuviera impaciente por inventarse una guerra mundial y un enemigo global. Un enemigo a granel y al por mayor. Un enemigo que obliga a hacer una despiadada selección de amigos, de acuerdo a una concepción bélica de la política, amigo-enemigo, sin términos medios, sin matizaciones, ni distinciones. Un enemigo sin historia ni contexto, sin pasado, ni complejidad, un enemigo-suceso, un terror instantáneo, un enemigo cuya evidente barbarie toma como rehén a nuestra sociedad, paraliza los espíritus, tetaniza las voluntades y silencia hasta los malos pensamientos” (“Su guerra sin fin”, *Le Monde*, 10 de septiembre de 2004).

Y continúa el editorial con una advertencia: “No sería ésta nuestra victoria, sino nuestra derrota. No sería la victoria de nuestros ideales democráticos y humanistas, sino al contrario la del terrorismo que se pretende combatir, de un terrorismo que proclama ‘la muerte de la política’, la desea y la llama,

tanto por atacar contra civiles, como por la barbarie en su modo de actuar. Frente a este adversario, si no queremos caer en la trampa que nos tiende, un día tras otro, y parecemos a él en su odio y violencia, no hay más que un antídoto, una sola arma decisiva: la política. No permitir que la guerra reemplace a la política. Rechazar ese efecto de arrastre, donde no hay lugar a la historia, ni a las causas y causalidades" (*ibíd.*).

El editorial concluye de la forma siguiente: "La toma de rehenes en la escuela de Beslan es algo abyecto, pero los chechenos son víctimas de una guerra colonial donde, por lo que toca a la barbarie, las tropas rusas no quedan atrás. Los atentados de kamikazes en los autobuses israelitas son horrendos, pero el pueblo palestino es víctima de una ocupación que le deniega el derecho legítimo a un Estado. El degollamiento de rehenes suscita un horror que provoca su misma filmación, pero Irak vive bajo la ocupación militar extranjera que, pese a haber puesto fin a una dictadura, sigue generando el caos, por falta de previsión y cordura. El terrorismo, tan innoble como es, tiene un terreno propicio. Nos toca alimentarlo o desecarlo. La guerra sin fin es elegir el terrorismo para siempre. Lo sabemos por experiencia [...] Esta guerra sin fin, que no da la independencia a Chechenia, ni su Estado a los palestinos, ni una verdadera soberanía a los iraquíes, es una guerra sin vencedor. Una guerra que nos acabará" (*ibíd.*).

6. El impenitente Bush

Igual que lo hiciera en la 58ª Asamblea General de Naciones Unidas, hace justo un año, el unilateralismo de Bush quiso capitalizar la ocasión para favorecer su campaña presidencial. Tal como dijera un dignatario africano, el discurso de Bush convencería en tiempos normales y hubiera sido muy aplaudido. Todas sus palabras merecerían el aplauso: "libertad, democracia, dignidad, seguridad" y también las palabras "todos juntos", al final de su discurso. "Cada uno de nosotros, por sí solo, es limitado en sus resultados. Todos juntos podemos

conseguir mucho más". Este ha sido el mensaje de Bush: "Naciones Unidas debe hacer más para construir un Irak democrático y libre". Bush abogó por luchar "con justicia y dignidad contra el radicalismo y el terror para conseguir una verdadera paz fundada en la libertad", y pidió a la comunidad internacional más energía contra el terrorismo y el apoyo a misiones como la lucha contra el sida o el cese de la violencia en Sudán. Evocó la reciente matanza en Beslan, las mujeres rehenes y las víctimas inocentes de Madrid, Jerusalén, Estambul y Bagdad. También hizo una referencia implícita a Yasser Arafat: "los dirigentes que les fallan a sus pueblos y traicionan sus causas". Una de cal y otra de canto, hizo un llamamiento a Israel para des-

mantelar asentamientos ilegales y acabar con "la humillación diaria del pueblo palestino". "Este nuevo siglo será el siglo de la libertad". Pero no mencionó el respeto al derecho internacional (*El País*, 22 de septiembre de 2004).

Una vez más, Kofi Annan debió reencauzar el agua al molino. Una semana antes, había dicho

que la guerra de Irak era "ilegal", por ser contraria a la Carta de Naciones Unidas. "Más que nunca el mundo necesita un mecanismo eficaz que sirva para buscar soluciones comunes para problemas comunes. A tal fin ha sido creada esta organización. No imaginemos que, si la usamos mal, encontraremos otra institución más eficaz. Esta es la ley, incluidas las resoluciones del Consejo de Seguridad, que ofrece la base para resolver los prolongados conflictos en el Próximo Oriente, en Irak y en todo el mundo". Annan afirmó: "El Estado de derecho está en peligro en las cuatro esquinas del mundo. Ningún país está por encima de la ley. Los gobiernos que proclaman la primacía del derecho en su país, deben respetar la legalidad fuera de casa; los que insisten en que el derecho prevalezca fuera, deben asegurar su preeminencia dentro. Quienes pretenden conferir la legalidad deben también encarnarla; quienes invocan el derecho internacional deben también someterse al mismo" (*Le Monde*, 22 de septiembre de 2004). Annan olvidó agregar: "el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra".



El Ministro de Asuntos Exteriores de Holanda, Bernard Bot, presidente de turno de la Asamblea General, dio el apoyo de la Unión Europea a Annan. La Unión Europea está en pleno acuerdo con él. "El terrorismo no debe utilizarse como una excusa para violar los derechos humanos. Los estados deben asegurar que todos los medios que se utilicen para combatir el terrorismo sean conformes al marco del derecho internacional". Bot reafirmó la importancia de la Corte Penal Internacional para la Unión Europea, "a fin de poner un límite a la impunidad y reforzar el Estado de derecho en el mundo". La Unión Europea "se esforzará" para que la mayoría de países ratifiquen el tratado de Roma que creó dicha Comisión Penal Internacional, cuya jurisdicción ahora sólo reconocen 94 países. Estados Unidos rechaza que sus ciudadanos puedan ser entregados a este tribunal y se ha negado a ratificar los estatutos que Bill Clinton había aprobado, el último día de su gobierno (*Le Monde*, 22 de septiembre de 2004).

La última Asamblea General de Naciones Unidas sirvió para ampliar el distanciamiento de la Unión Europea, en general, con el gobierno de Estados Unidos, que sólo se escucha a sí mismo. Por añadidura, el gobierno de Bush no prestó ninguna atención a las propuestas de "matar el hambre" que, en la víspera, hicieron los presidentes Lula de Silva, Jacques Chirac, Ricardo Lagos y José Luis Rodríguez Zapatero, propuesta que ya se había avanzado en el foro económico de Davos para apoyar a Annan. Su propósito es reducir la pobreza a la mitad, en el año 2015. Si como dijera J. Stiglitz, en el foro social de Bombay, no es sencillo visualizar la forma en que puedan aplicarse estas "tasas" sobre el tráfico de armas o los flujos de capital especulativo que entran y salen de los países, la idea es laudable por tratarse de tráfico que en nada sirven al bienestar de los pueblos. En Naciones Unidas, "110 países están dispuestos a movilizarse contra el hambre y la pobreza". Si por lo menos este compromiso sirviera para que las grandes naciones se aproximaran a aportar el 0.7 por ciento de su PIB, ya sería un buen avance. Como indica uno de los editoriales de *Le Monde*: "la manera más eficaz de luchar contra la pobreza del sur sería abrir nuestras fronteras agrícolas a sus productos" (20 de septiembre de 2004). El gobierno de Estados Unidos propone, por su parte, crear un fondo para el "desarrollo de la democracia", como una estrategia para reducir el hambre y la pobreza.

7. Un punto pendiente: el Consejo de Seguridad

La renovación y la ampliación del Consejo de Seguridad rebota por tercera vez en las asambleas generales de Naciones Unidas. Kofi Annan había hecho la propuesta en la Cumbre del Milenio, en septiembre de 2000, pero la fruta no estaba madura; los cinco propietarios del "derecho de veto" no estaban dispuestos a compartir su poder de decisión, pese a que la cuota de contribución de cuatro de esos miembros es, por demás, escasa. La reforma del Consejo de Seguridad era un tema de agenda, presentado en la 58ª Asamblea General, en septiembre de 2003. Varios delegados habían planteado las siguientes preguntas: "¿Para qué sirve Naciones Unidas, si no logra que se respeten sus resoluciones? ¿Cuál es la representación del Consejo de Seguridad y cuáles los criterios que le permiten decidir el uso de la fuerza? ¿Hay que conservar el 'derecho al veto'? ¿Ha-

brá que pensar en trasladar la sede de Naciones Unidas fuera de Nueva York? ¿Cuál es la responsabilidad de la comunidad internacional cuando un Estado no protege a sus ciudadanos?”.

La reforma del Consejo de Seguridad es totalmente necesaria para “asegurar” la paz mundial. En plena sesión, el 14 de octubre de 2003, Siria, en nombre de la Liga Árabe, solicitó al Consejo de Seguridad una resolución para detener la construcción del “muro de seguridad”, en Cisjordania, por parte del gobierno de Israel. La resolución fue aprobada por diez miembros del Consejo de Seguridad, pero el representante de Estados Unidos, John Negroponte, impuso el veto. ¿De qué sirve el Consejo de Seguridad si la condena avalada por el “voto” de diez miembros, queda anulada por un “solo veto”, el del representante de un país que, al igual que Israel, se destaca por burlar tradicionalmente las resoluciones de Naciones Unidas? En julio de 2004, la historia se repite, cuando la Corte Internacional de Justicia y la Asamblea General volvieron a condenar la construcción del “muro de seguridad”, en Cisjordania. Pero las resoluciones de ambas instancias no son vinculantes. Mientras tanto, el delegado estadounidense en el Consejo de Seguridad manifestó que impondría su veto y así el “muro de la vergüenza” sigue su curso.

En la cumbre del milenio (2000), Annan, luego de condenar la guerra en Serbia-Kosovo, liderada por Estados Unidos y la OTAN, se preguntó por qué el Consejo de Seguridad desoyó las peticiones de Boutros Ghali de parar las matanzas en Serbia-Herzegovina, Ruanda-Burundi, Sierra Leona, Timor Oriental... Ahora, *Le Monde* pregunta: “¿Por qué intervenir en Haití y no en Darfour, Sudán?”. “Es necesario que la reforma ofrezca un código internacional que nos permita actuar”, dijo un funcionario de Naciones Unidas. “Además de los criterios de intervención humanitaria, es necesario dar una norma para la acción preventiva colectiva... (en el marco de una decisión multilateral), sobre la modernización de los órganos de Naciones Unidas y sobre la

insoluble cuestión de la ampliación del Consejo de Seguridad, cuyo número de miembros no ha cambiado desde 1963. En ese entonces, cuando se fundó, Naciones Unidas tenía solo 51, pero hoy son 191”.

Los países propuestos, y que están dispuestos a mantener su candidatura, son Japón, Brasil Alemania e India. “El Consejo de Seguridad debe reflejar las realidades de la comunidad internacional del siglo XXI”. Los cuatro candidatos rechazan la fórmula de miembros “semipermanentes” y Japón se opone a la creación de cualquier nueva categoría. Además, Japón contribuye más que cuatro de los miembros permanentes a los gastos de Naciones

Unidas. Japón aporta el 19.5 por ciento; mientras que Francia, el 7.3; Inglaterra, el 7.4 por ciento; China, el 2.5 y Rusia, el 1.3. Japón y Alemania hacen una campaña efectiva para tener un puesto permanente. “Nosotros queremos la reforma no simplemente por tener un puesto, sino porque, como multilateralistas convencidos, consideramos ser indispensable una Naciones Unidas renovada y eficaz para el siglo XXI”. Francia e Inglaterra defienden

la candidatura de Alemania, aunque Italia se siga resistiendo, mientras que Estados Unidos y Rusia guardan un reservado silencio (*Le Monde*, 23 y 24 de septiembre de 2004).

8. El derecho de la fuerza y la fuerza del derecho

Este aparente juego de palabras resume la historia del nuevo milenio, así como resume la historia de la era de la guerra fría, que aún persiste con otros uniformes. Prueba de ello es la estructura permanente del Consejo de Seguridad, presidido por el derecho de la fuerza. Prueba de ello es que de los cinco miembros de ese Consejo, Estados Unidos, Rusia y China se niegan a ratificar los estatutos de la Corte Penal Internacional. ¿Cuál es la seguridad del mundo, si los dos adversarios de la guerra fría se hermanan ahora para ratificar una “guerra sin fin”, es decir, perdida de antemano? Aunque Schlesinger escriba una carta a sus amigos europeos para decirles que “no pierdan la esperanza”,

seguimos esperando la carta amigable que nos escriba el electorado estadounidense, el 2 de noviembre. También nos preguntamos, ¿cuál será la carta amigable que nos escriban los demócratas, si llegan a la Casa Blanca? Y por qué no decirlo, ¿cuáles serán las cartas que nos seguirán escribiendo quienes las suscriben con el sello de Al Qaeda? Y, ¿qué cartas nos seguirá escribiendo la Organización Mundial del Comercio a los residentes del tercer mundo? En el mundo de hoy, todos escriben cartas, pero parece que casi ninguno quiere dar una respuesta amigable.

Por una extraña casualidad se nos encendió la luz de la esperanza cuando leímos unos breves párrafos de dos codirectores del Foro Económico de Davos, en enero de 2004. La clave de Davos es la "cooperación, seguridad y prosperidad". Utilizan un lenguaje similar al de Kofi Annan, en Naciones Unidas. "Vivimos en un mundo donde no es posible la seguridad sin la prosperidad, ni la prosperidad sin la seguridad; ambos objetivos son inseparables. Igualmente, los problemas globales no pueden resolverse más que de una manera global, es decir, incluyendo a todos los actores en la búsqueda de soluciones. De ahí la idea simple de la 'inseparabilidad' de las tres nociones; en esta correlación triangular, la ausencia de uno de los tres ingredientes compromete la misma idea de progreso. ¿Por qué? Es claro que vivimos un sentimiento de inseguridad y que, a ejemplo del 11 de septiembre, pueden repetirse graves incidentes de amplia repercusión. La mayoría de países desarrollados está pagando una 'sobretasa Bin Laden', que se traduce en miles de millones de euros, en gastos militares, millones de horas perdidas en los aeropuertos, a causa de los mayores controles de seguridad. Muchas industrias y servicios sienten el azote del terrorismo, al que se suman más de quince conflictos entre estados, docenas de guerras civiles y larvadas luchas interétnicas" (*Realidad*, 2004, pp. 25-26).

La seguridad debe entenderse, en un sentido amplio, lo que Naciones Unidas llama la "seguridad humana". Los desafíos provocados por el hambre, la pobreza, toda clase de tráfico, la ausencia de un sistema de educación, de salud, o la falta de libertad son realmente gigantescos. Para citar algunos ejemplos: 800 mil personas murieron el pasado año en conflictos bélicos; 22 millones murieron por falta de cuidados sanitarios y 800 millones siguen sufriendo de hambre. Más de 42 millones de personas padecen el sida y, en 2005, serán 100 millones. A todos interesa mejorar la "seguridad humana", por-

que es ahí donde se presenta la relación mayor entre seguridad y prosperidad. Si hoy día 1 800 millones viven con menos de un dólar al día, ¿es sólo problema de ellos? En realidad, es un problema de todos. Aun sin tomar en cuenta la obligación moral, es conveniente que los países ricos ayuden a los países pobres, porque vivimos en una aldea global cada vez más interdependiente. La pobreza y la frustración de los demás se han convertido en nuestro problema. Es necesario reducir el mercado de nuestros productos y servicios, la emigración ilegal, la creciente contaminación ambiental, las enfermedades contagiosas, el fanatismo y el terrorismo.

Asimismo, es necesario dar un sentido más amplio al concepto de prosperidad: no sólo la capacidad que tienen los países desarrollados para mantener un ritmo normal de crecimiento, sino también en el sentido de compartir, en forma equitativa, los frutos del crecimiento. Hay que crear un mecanismo capaz de cerrar la aterradora fosa que separa a los países pobres de los países ricos. Esto no se realiza de forma espontánea porque, en contra de la teoría en boga, los países ricos se enriquecen más rápido que los países pobres. En resumen, se parte de la economía y se cae, necesariamente, en la seguridad, que se mide por la capacidad para dar respuesta a una multitud de nuevos desafíos como el síndrome respiratorio, el terrorismo, las pandemias. Uno de los efectos de la globalización es que pone al descubierto estos problemas que parecían estar controlados. El Internet, el celular y los aviones reducen el mundo y proporcionan el sentimiento de cercanía. ¿Cómo resolver estos problemas globales, cómo mejorar al mismo tiempo la seguridad y la prosperidad? La respuesta es sencilla, con la cooperación. No hay otra solución, porque nadie, ningún grupo, ningún país, ninguna institución dispone de los medios, ni de la necesaria legitimidad para llevar a término, por sí misma, esta tarea.

Al terminar el mes de septiembre nos distanciamos de la trilogía seguridad, prosperidad y cooperación. Es cierto que en la cumbre anual del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, el 2 de octubre de 2004, se vuelven a escuchar predicciones similares a las del foro de Davos del año 2000, (la "nueva economía" estadounidense), con la novedad de que las mayores tasas de crecimiento económico se darán en América Latina. Sin embargo, tres inseguridades amenazan esa prosperidad económica. El precio del petróleo puede mantener cotas elevadas, en razón de una oferta

insegura, en las agitadas zonas del Cáucaso, Rusia (*Yokos Oil*), Asia Central y, por supuesto, Irak. El economista jefe del Fondo Monetario Internacional, Raghu Rajan, ha hablado de “la maldición del petróleo”. “Los precios del petróleo son elevados y representan un gran riesgo”. A los consumidores se les pide que hagan un esfuerzo por economizar energía y se solicita a la Agencia Internacional de la Energía (AIE) “mejorar su trabajo sobre la transparencia en materia de estadísticas del petróleo”. En palabras sencillas, esto significa que nadie sabe exactamente cuáles son las cantidades de petróleo en el mercado y con ello se alimenta la especulación.

China asistió a la reunión del Fondo Monetario Internacional como miembro del G-8 y no como “invitada de piedra”. Su consumo de petróleo se ha disparado en el año 2004 y, según estimaciones, contribuye entre el 30 y el 40 por ciento al alza de su precio. “Por otra parte, su apetito energético, su política de cambio ligado al dólar y la posibilidad de un brusco aterrizaje de su economía, hacen de China punto central de las preocupaciones del G-7”. Sus exportaciones amenazan los mercados del norte y pueden poner en serio peligro las maquilas latinoamericanas. Junto con China, en la cumbre del Fondo, estuvo también presente la guerra de Irak. (“El G-7 quiere mayor transparencia en los mercados petroleros”, *Le Monde*, 3 de octubre de 2004).

A la amenaza del petróleo y de la competitividad china, otra amenaza puede surgir, desde el interior de la economía estadounidense, liderada por Bush. Joseph Stiglitz —“Cuatro años de fracasos de Bush” (*El País*)— avala su propio juicio de valor con el testimonio de otros economistas. “A finales de agosto firmé, junto con otros nueve premios Nobel de Economía estadounidenses, una carta abierta a la opinión pública de Estados Unidos. Es difícil conseguir que dos economistas —y mucho menos dos premios Nobel— estén de acuerdo en nada. Sin embargo, es este caso, nuestra preocupación era tan grande que superamos todas nuestras discrepancias”. Escribimos: “El presidente Bush y su administración han emprendido un rumbo irresponsable y extremista que pone en peligro la salud económica a largo plazo de nuestra nación... Las diferencias entre el presidente Bush y John Kerry a la hora de administrar la economía son mucho mayores que en cualquier otra elección presidencial que hayamos conocido. El presidente Bush cree que unos recortes fiscales que benefician a los estadounidenses más ricos son la respuesta prácticamente

para cualquier problema económico... En ésta, como en otras cosas, Bush se equivoca por completo y es demasiado dogmático para reconocerlo” (8 de octubre de 2004). La anunciada prosperidad económica mundial no es nada segura, si la primera potencia sigue conducida por el mismo timonel.

En los primeros debates entre los candidatos a la Casa Blanca se juega algo más que la elección de Bush o Kerry. Lo que está en juego para el futuro de la humanidad es la prolongada confrontación entre “el derecho de la fuerza y la fuerza del derecho”. Alain Touraine plantea una dura pregunta en su artículo “Estados Unidos entre la barbarie y el derecho”, escrito en los días en que los medios de comunicación social presentaban imágenes de las torturas a prisioneros de guerra. “¿Hasta dónde proseguirá la caída moral y militar de Estados Unidos, que se considera el representante del bien y transformará este país en principal figura del eje del mal?... En lo que respecta a Estados Unidos, la contradicción es todavía más visible entre el imperio guerrero y la sociedad apegada a las leyes y al derecho, que el Congreso y los tribunales a menudo representan de forma adecuada” (*El País*, 20 de mayo de 2004). Touraine teme que, al elegir sus candidatos presidenciales, la sociedad estadounidense —buscando su propia seguridad— se deje dominar por el “espíritu guerrero”.

Coincidiendo con los debates presidenciales, el derecho de la fuerza se sigue imponiendo en los bombardeos de la coalición a las ciudades santas de Irak. En las mismas fechas, “Ariel Sharon anuncia llevar adelante la operación del ‘Día de la expiación’”, para que los terroristas no puedan bombardear los asentamientos israelitas en la zona de Gaza. Por su parte, Yasser Arafat “ha exhortado al mundo a actuar rápida e inmediatamente para detener esta operación criminal y racista” (*Le Monde*, 3 de octubre de 2004).

Frente a estos terrorismos, ¿qué derecho pueden ejercer la Corte Penal Internacional, el Tribunal Internacional de Justicia, la misma Asamblea General de Naciones Unidas, si el Consejo de Seguridad está controlado por quienes se niegan a ratificar los estatutos de esas instituciones, creadas para aplicar las normas del derecho y de la moralidad? ¿Quién es el eje del mal? Un fantasma recorre el mundo: “el derecho de la fuerza *versus* la fuerza del derecho”.

San Salvador, octubre de 2004.